
CUADERNILLO DE
POESIA - COLOMBIANA

44

Epifanio Mejía

EDICIONES
DE

UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
BOLIVARIANA

INTRODUCCION :

Por Antonio Gómez Restrepo

Generalmente se considera a Epifanio Mejía como el segundo poeta genuinamente antioqueño; y merece ese puesto, por las bellas poesías que dejó, como testimonio de su brillante y malogrado ingenio, y porque, como Gutiérrez González, fue un representativo de su raza, por las condiciones características de su poesía.

Fue un ingenio perseguido por la mala ventura, y que no alcanzó a dar todo lo que podía esperarse de sus dotes nativas. Por este aspecto, su figura es singularmente romántica; y en él se cumplió el amargo pronóstico de José Eusebio Caro:

“Ah! que el genio también puede extinguirse,
y el poeta, ya mudo, consumirse
¡loco en un hospital!”

Hasta cierta época de su vida, no podía suponerse que tal fuera el destino de Epifanio. Procedente de una estirpe patriarcal, sana y vigorosa, el poeta no presentaba en su juventud, según testimonio de sus biógrafos, señal ninguna de flaqueza mental. Había formado un hogar y era feliz con su esposa y sus hijos; no había sufrido grandes reveses; tenía un círculo, cada vez mayor, de admiradores de sus versos; su inspiración se había ido desarrollando, desde sus modestos comienzos hasta las grandes poesías en que se sustenta su fama; y él mismo debía comprender que era capaz de subir más alto todavía. Pero la noche sobrevino en pleno día; y el pobre poeta, perdida la razón, pasó largos años en el manicomio; y allí murió, iluminado en los últimos momentos por un rayo de luz, que le permitió recibir los consuelos de la religión y emprender el eterno viaje, confortado por la confianza en las promesas de Cristo.

La luna —que, según el sentir popular, ejerce tanto influjo sobre las mentes enfermas— simboliza muy bien la vida del poeta, cuando presenta la mitad de su disco lleno de luz y la otra envuelta en las sombras.

Se conservan algunos versos compuestos por Mejía en los años de su locura; están materialmente bien hechos, pero reflejan el desequilibrio de su mente. Nos hacen recordar un cuadro de un pintor de la misma época, Pantaleón Mendoza, que también perdió la razón, y en medio de su delirio, pintó una vez una cabeza de hombre que recordaba la habilidad técnica del artista, pero presentaba, igualmente, un aspecto extraño y fantástico.

La locura de Epifanio Mejía no fue de esas trágicas, que mantienen en eterno pavor a sus víctimas. Como dice su deudo e ilustre biógrafo, el Padre Félix Restrepo, de la Compañía de Jesús, "su locura, fuera de algunos contados momentos de extraño frenesí, era apasible y tranquila... el poeta se imaginaba vivir en el mejor de los mundos".

Mejía nació el 10 de abril de 1838. Fue casado y tuvo 12 hijos, siguiendo la tradición antioqueña de las familias numerosas. Falleció el 31 de julio de 1913. Su nombre habría desaparecido, como el de tantos hombres buenos y desventurados, si no lo hubieran salvado del olvido unas cuantas poesías, ingenuas e inspiradas, que son joyas del parnaso colombiano.

EL CANTO DEL ANTIOQUEÑO

Nací sobre una montaña:
mi dulce madre me cuenta
que el sol alumbró mi cuna
sobre una pelada sierra.

Nací libre como el viento
de las selvas antioqueñas,
como el cóndor de los Andes
que de monte en monte vuela.

Pichón de águila que nace
sobre el pico de una peña
siempre le gustan las cumbres
donde los vientos refrescan.

Amo el sol porque anda libre
sobre la azulada esfera,
al huracán porque silba
con libertad en las selvas;

El hacha que mis mayores
me dejaron por herencia,
la quiero porque a sus golpes
libres acentos resuenan.

Forjen déspotas tiranos
largas y rudas cadenas
para el esclavo que humilde
sus pies, de rodillas, besa.

Yo que nací altivo y libre
sobre una sierra antioqueña
llevo el hierro entre las manos
porque en el cuello me pesa.

Cuando desciendo hasta el valle
y oigo tocar la corneta
subo a las altas montañas
a dar el grito de ¡alerta!

Muchachos les digo a todos
los vecinos de las selvas,
la corneta está sonando...
¡Tiranos hay en la tierra!

Mis compañeros, alegres,
el hacha en el monte dejan
para empuñar en sus manos
la lanza que al sol platea.

Con el morral a la espalda
cruzamos llanos y cuestas
y atravesamos montañas
y anchos ríos y altas sierras

y cuando al fin divisamos,
allá en la llanura extensa,
las toldas del enemigo,
que entre humo y gente blanquean,

volamos como huracanes
regados sobre la tierra
y ¡ay! del que espera el empuje
de nuestras lanzas revueltas!

Perdonamos al rendido
porque también hay nobleza
en los bravos corazones
que nutren las viejas selvas.

Cuando volvemos triunfantes
las niñas de las aldeas
tiran coronas de flores
en nuestras frentes serenas.

A la luz de alegre tarde
pálida — bronceada — fresca,
de la montaña en la cima
nuestras cabañas blanquean.

Bajamos cantando al valle
porque el corazón se alegra,
porque siempre arranca gritos
la vista de nuestra tierra.

Es la oración: las campanas
con golpe pausado suenan;
con el morral a la espalda
vamos subiendo la cuesta.

Las brisas de las colinas

bajan cargadas de esencia.
La luna brilla redonda
y el camino amarillea.

Ladran alegres los perros
detrás de las arboledas;
el corazón oprimido
de gozo, palpita y tiembla...

Caminamos... caminamos...
Y blanquean... y blanquean...
Y se abren con ruido
de las cabañas las puertas;

lágrimas — gritos — suspiros,
besos y sonrisas tiernas,
entre apretados abrazos
y entre emociones, revientan.

¡Oh! Libertad que perfumas
las montañas de mi tierra,
deja que aspiren tus hijos
tus olorosas esencias!

A UNA AMIGA

De mayo una mañana
fresca, serena, hermosa,
yo ví un botón de rosa
que comenzaba a abrir.

Y perlas de rocío
en su purpúreo seno
de grato aroma lleno
trémulas relucir.

A la mitad del día
era una linda rosa
que brillaba orgullosa
en todo su esplendor.

Al terminar la tarde
menos hermosa estaba,
pero en cambio exhalaba
más agradable olor.

HISTORIA DE UNA TARDE

Como viven ocultas y olvidadas
las violetas que siembra el jardinero,
así voy a sembrar en estas hojas,
las tristes flores de *Un recuerdo*.

Como nace la yedra solitaria
entre el ramaje de un arbusto tierno;
así voy a dejarte amiga mía,
la flor de mi amistad en tu álbum bello.

La dulce primavera ofrece flores,
las flores dan su perfumado aliento;
y yo que soy como el ciprés del campo
sólo unas ramas de dolor te ofrezco.

Tú sabes que mi lira está enlutada,
que muda y triste la arrojé al silencio...
que si hoy la pulso para darte un canto,
tristes serán sus destemplados ecos.

Es que mi patria se lamenta y gime,
como una niña en su prisión de hierro
y sin llorar con mi querida Antioquia,
Ay! yo no puedo levantar mi acento.

Oye, Dolores... De una negra historia
yo voy temblando a descorrer el velo,
que de la escena que pasó en mi patria,
en la historia jamás se vio otro ejemplo.

Era de tarde... En la mitad de un claustro
postradas de rodillas en el suelo,
oraban unas monjas solitarias,
ante la imagen del Autor Supremo.

Rodaban por sus candidas mejillas,
gruesas lágrimas, frías como el hielo...
Y pálidas... convulsas... y temblando,
todas alzaban al Criador su ruego.

De repente los golpes de un martillo,
sonaron en las puertas del convento...
¡Era que el vicio a destruir seguía
de la virtud el sacrosanto templo!

Las sardónicas risas del impío;
el hierro que chocaba contra el hierro;
la algazara... el sarcasmo... la blasfemia,
semejaban los ecos del infierno.

Al fin los goznes de las viejas puertas,
al impulso del bárbaro cayeron,
y las tablas al golpe del martillo
rodaron en pedazos por el suelo.

Cual aves de rapiña que se lanzan,
sobre un nido de alondras, indefenso,
y que se gozan al coger la presa,
en el piiio que exhalan los polluelos.

Lánzase así la soldadesca impura
sobre el sacro recinto del convento,
y se gozó con el lamento triste,
que daban esas vírgenes del cielo.

Como manadas de inocentes ciervas,
que lleva el cazador entre sus perros,
desfilaron temblando unas tras otras,
las palomas del santo monasterio.

Ay! les robaron su quietud, su calma!
Las arrancaron de su virgen lecho!
¡Y no cantemos con robar su dicha
hasta su tumba les robaron luego!

Cuando pasaba la inaudita escena
bajo las altas bóvedas del templo,
sobre el verde balcón de un edificio
un hombre se mostraba satisfecho.

Tal es, Dolores, la terrible historia
que hoy registramos en mi patrio suelo,
y ella es apenas el primer preludio
de la tormenta que nos guarda el tiempo.

LA MUERTE DEL NOVILLO

Ya prisionero y maniatado y triste
sobre la tierra quejumbroso brama
el más hermoso de la fértil vega

blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo de cuchillo armado,
el bruto ve con timidez el arma
rompe el acero palpitantes nervios:
chorros de sangre la maleza esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo;
el arma brilla purpurina y blanca;
se queja el bruto, y forcejando tiembla.
El ojo enturbia... y la existencia exhala.

Remolineando por el aire, vuelan
los negros *guales* de cabeza calva,
fijan el ojo en el extenso llano
y al matadero, desbandados, bajan.

Brama escarbando el arrogante toro
que oye la queja en la vecina pampa,
y densas nubes de revuelto polvo
tira en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes
corre el ganado por las verdes faldas,
huele la sangre... y el olor a muerte
quejas y gritos de dolor le arranca.

Los brutos tienen corazón sensible,
por eso lloran la común desgracia
en ese clamoroso *de profundis*
que todos ellos a los vientos lanzan.

EL ARRIERO DE ANTIOQUIA

Es lunes por la mañana,
apenas va amaneciendo,
en el naranjo del patio
ya chillan los azulejos.

Sentado sobre una enjalma
que está doblada en el suelo,
aguarda con impaciencia
su desayuno el arriero.

Juana, su mujer, le trae

chocolate en coco negro,
con una arepa redonda
y una tajada de queso.

Muerde, masca, sorbe, traga
y sopla y sigue sorbiendo,
y con el último sorbo
le dice a Juana: "Hasta luego".

Enciende un grueso tabaco
y, ya de la casa lejos,
con dos dedos en la boca
silba llamando a su perro.

El blanco cachorro cruza
por los sembrados del huerto,
y, ágil salvando las cercas,
corre del silbo al acento.

Regando rayos de oro
asoma el sol tras el cerro
como amarilla custodia
que se alza en oscuro templo.

Alegre, cantando *monos*,
sigue su marcha el arriero,
camino de la quebrada
que queda abajo del pueblo.

Rita, que canta aporreando
su ropa en el lavadero,
oye sonar las *albarcas*
del otro lado del cerco;

Deja de lavar y fija
sus ojos en el mancebo,
y "présteme la candela",
dice, del agua saliendo.

Chupa el arriero el tabaco,
y al ver que no tiene fuego,
de su *carriel* va sacando
eslabón, piedra y yesquero.

Suena el eslabón rozando
de la piedra el filo terso,

rápidas chispas encienden
la negra yesca de lienzo.

Chupa y bocanadas de humo
se lleva al pasar el viento;
blanca ceniza corona
la luz del oculto fuego.

Caramba, Rita, qué ojitos!
—Caramba, qué zalamero!
Saludes en la montaña
a las muchachas de Pedro.

Y al sol brillando sus trenzas,
y al sol sus dos ojos negros,
con su dengoso donaire
vuelve Rita al lavadero.

Y alegre, cantando *monos*,
sigue su marcha el arriero,
camino de la quebrada
que queda abajo del pueblo.

LA HISTORIA DE UNA TORTOLA

Joven aún entre las verdes ramas,
de secas pajas fabricó su nido:
la vió la noche calentar sus huevos
la vió la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,
buscó alimento en los lejanos riscos,
trajo de frutas la garganta llena
y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichosa...
¡Y sinembargo disparó su tiro!
Ella! la pobre en su agonía de muerte
abrió las alas y cubrió a sus hijos.

Toda la noche la pasó gimiendo
su compañero en el laurel vecino;
cuando la aurora apareció en el cielo
bañó de perlas el hogar ya frío.

LA MARIPOSA

Si acaso vuelas, mariposa humilde,
al dorado aposento de mi amada;
si la hallas dulcemente dormitada
no la despiertas, insensata, no.

Pero no vayas a beber ansiosa
de sus vírgenes labios el rocío,
que todo ese ámbar, mariposa, es mío
y soy celoso hasta del aire yo.

De sus mejillas en las frescas rosas
o en la azucena de su pura frente
nunca poses tu vuelo de repente
porque despiertas mi preciosa hurí.

Y son sus ojos como dos hogueras,
con el brillo no más de sus miradas
se quemarán tus alas perfumadas
cual se quemó mi corazón allí.

LA AURORA DE MI AMOR

El

Amémonos los dos, amiga mía,
unamos mi tristeza y tu alegría,
juntemos tu placer con mi dolor.

Ella

Amémonos los dos, soñado mío,
como se aman las flores y el rocío,
como se aman los ángeles de Dios.

El

Dame, pues, una prueba de ternura,
un algo parecido a la ventura,
un algo que me llene el corazón.

Ella

Daré para tu frente de poeta

mil coronas de mirto y de violeta,
y encerraré un suspiro en cada flor.

El

Es que toda corona tiene espinas,
y en las flores más frescas y divinas
algún insecto el céfiro guardó.

Ella

Te daré una sonrisa apasionada,
te daré una dulcísima mirada
donde brille el incendio de mi amor.

El

Hay sonrisas que encierran la falsía;
hay miradas, también, amada mía,
que guardan un abismo de dolor.

Ella

—¿Qué quieres, pues, para quedar saciado?
Yo tengo aquí mi corazón guardado;
¿Quiéres darle tu pecho por prisión?

El

—Quiero algo más que el corazón, señora,
quiero ver en tus ojos una aurora
que brille con eterno resplandor;

Quiero de tu alma virginal rocío.

—Una lágrima quieres? —Sí bien mío,
esa es la aurora que apetezco yo.

LAS HOJAS DE MI SELVA

Las hojas de mi selva
son amarillas
y verdes y rosadas
¡qué hojas tan lindas!
Querida esposa

¿Quiéres que te haga un lecho
de aquellas hojas?

De bejucos y musgos
y batatillas
formaremos la cuna
de nuestra Emilia.
Cunita humilde
Remecida a dos manos
al aire libre.

De palmera en palmera
las mirlas cantan
los arroyos murmuran
entre las gramas
¡Dulce hija mía!
Duerme siempre al concierto
de aguas y mirlas.

Gallinetas reales
de canto dulce
guardan en la hojarasca
huevos azules,
perlas del bosque
que lleva a sus altares
la gente pobre.

Los altivos monarcas
en sus palacios
con diamantes adornan
los mismos cuadros.
Hija — sé libre!
Busca siempre la choza
del hombre humilde.

En mi selva penetran
del sol los rayos,
mariposas azules
pasan volando,
sobre sus alas
brilla el branco rocío
de la mañana.

Siete-cueros, uvitas
y amarrabollos
de botones y flores

visten sus copas;
de ramo en ramo
los cupidos del aire
vuelan libando.

Por angostos caminos
de tierra y hojas
pasan negras hormigas
unas tras otras,
para sus casas
llevan verdes hojitas
en sus espaldas.

Sobre campos de flores
revolotean
susurrando apacibles
rubias abejas,
miel exquisita
en el hueco de un árbol
todas fabrican.

Entre dragos y dragos
chilcos y chilcos,
las arañas pasando
tienden sus hilos;
fábricas nuevas...
Maquinistas de Europa,
venid a verlas!

Entre cedros y robles
de verdes copas
el yarumo levanta
sus blancas hojas:
patriarca anciano
que en tronco de esmeraldas
vive sentado.

Adorno de los campos,
flores humildes
que nacéis en mi selva
solas y libres:
la noche os riega
el sol os ilumina,
nutre y calienta.

Oasis escondidos

bajo las palmas,
olorosos jardines
de mis montañas,
para mi esposa,
para mi dulce Emilia
tejed coronas.

En las frentes altivas
de las Cleopatras
resaltan sobre el oro
las esmeraldas.
Hija — sé buena!
busca siempre las flores
que hay en mi selva...!

EL MIRTO

De mi silencio entre la horrible calma
yo cultivaba en el jardín de mi alma
el pobre mirto de mi dulce amor;

¡Ingrato! tú te apareciste un día
y con tu mano desdeñosa y fría
¡Ay! deshojaste su primer botón.

De tu desdén las devorantes llamas
penetraron del mirto entre las ramas
y cubrieron de luto mi jardín;

cuando pasó la tempestad airada
yo vi brotar de la ceniza helada
un solo mirto y un ciprés allí.

Me maldijiste y me ultrajaste un día
cuando tú eras mi dulce compañía,
cuando tú eras mi bálsamo de amor;

y yo vertía para ti mi llanto
y yo te amaba y te adoraba tanto
cuando tú me arrancaste el corazón.

Hoy sólo tengo en mi jardín proscrito
como un recuerdo mi ciprés marchito
y el mirto que será mi porvenir;

y aunque viva por siempre aborrecida,

sirve el ciprés para enlutar mi vida
y el pobre mirto para amarte a ti.

EL BESO

Se acercaron tus labios a mi frente
y el perfume de un beso sentí yo;
así derrama el ángel del ambiente
su dulce beso en la marchita flor.

Fuego, delirio, inspiración, tristeza,
entusiasmo y amor, eso sentí;
derramaste un mundo en mi cabeza,
me hiciste olvidar mi porvenir.

Díme otra vez que me idolatras tanto
y vuélveme a besar, mujer por Dios:
que en cada beso de tu labio santo
siento una tempestad de inspiración.

Aparta...! no me beses, yo no quiero
que se vaya a quemar tu corazón:
es un infierno devorante y fiero
lo que siento en mi pecho, adiós! adiós!